

1.2. - TRABAJO DE LA MUJER Y FECUNDIDAD.

Hemos dicho que el trabajo femenino puede ser definido como el desempeño de una actividad económica por parte de la mujer. Cabe señalar que cuando hablamos de trabajo de la mujer nos estamos refiriendo a un trabajo remunerado, realizado dentro o fuera del hogar, y que no se relaciona directamente con las actividades domésticas de la propia familia. No queremos decir con esto que las labores domésticas que desempeña la mujer en su familia no constituyen un trabajo (De hecho el Chase Manhattan Bank ha calculado el promedio total de la semana laboral de la mujer en 39.6 horas (38)), pero lo que nos interesa es diferenciar aquellos casos en los que la mujer adquiere roles de tipo instrumental.

En lo que respecta al análisis de la relación entre trabajo fuera del hogar y fecundidad, se han dado diversas interpretaciones que, en su mayoría, consideran que de alguna manera el hecho de que la mujer trabaje repercute en una disminución de la fecundidad. Ya hablamos anticipado que las conclusiones de Andorka en este sentido sugieren una relación casi universal (39). Esta aparente contradicción entre trabajo femenino y número de hijos es presentada por Sheehy de la siguiente manera: <<El mayor de las mujeres se sienten obligadas a escoger entre el amor y los hijos o el trabajo y la realización. Si a los hombres se les presentara semejante elección, hablaría maridos>>(40).

Debemos ser prudentes, sin embargo, al hacer este tipo de consideraciones sobre el trabajo. No cabe la menor duda de que es mucho lo que puede argumentarse en favor de una filosofía del trabajo. Para Carlos Marx, el trabajo constituye la esencia del ser humano. Según Davies y Schackleton, el trabajo contribuye al amor propio de los individuos de dos formas principales: primero, porque gracias al trabajo el ser humano puede adquirir dominio sobre sí mismo y sobre el ambiente; segundo, porque al

dedicarse a la producción de bienes y servicios que son valuados por otros, cada individuo puede revisar la evaluación de sí mismo contra la evaluación que otros hacen de él, obteniendo así el sentido de su valor personal (41). Estas opiniones nos parecen, a pesar de todo, un tanto idealistas, ya que los trabajos que realizan los seres humanos no siempre adquieren una verdadera dimensión de autorrealización. Y esto se aplica por igual a hombres como a mujeres.

Lo que no puede negarse es que cada día aumenta el número de mujeres que ingresan al mercado de trabajo. En el año de 1970, de acuerdo con los datos del Censo General de Población de México, el 19.04% de la población económicamente activa era de sexo femenino; para 1980, esta proporción pasó a 27.9% (42). Aunque el incremento porcentual no parece ser muy grande, la diferencia en números absolutos es más elocuente: mientras que en 1970 había en nuestro país un total de 2,466,000 mujeres trabajadoras, para 1980 esta cantidad se incrementó a 6,141,000. En el área Metropolitana de Monterrey este incremento fue menos espectacular. En el mismo periodo, la proporción de mujeres mayores de 12 años que forman parte de la población económicamente activa pasó del 21.8% al 25% (43). Aún cuando tendremos que esperar dos años más para conocer los datos preliminares del próximo Censo General de Población, todo parece indicar que la población activa femenina ha continuado su constante aumento, quizás incluso siguiendo un ritmo de crecimiento superior al que pudiera proyectarse, debido a diversos factores. Una de las razones que nos hacen creer lo anterior se relaciona con la severa crisis económica por la que atraviesa nuestro país y que ha caracterizado la vida económica nacional durante la década de los ochentas.

Este incremento rápido de la población activa femenina constituye uno de los factores que junto con el aumento de los niveles de escolaridad, el acelerado proceso de urbanización y el cambio de posición del status femenino, son comúnmente utilizados para dar una explicación del descenso en las tasas de natalidad.

En diversos estudios se ha verificado esta relación. Un ejemplo de



dedicarse a la producción de bienes y servicios que son valorados por otros, cada individuo puede revisar la evaluación de sí mismo contra la evaluación que otros hacen de él, obteniendo así el sentido de su valor personal (41). Estas opiniones nos parecen, a pesar de todo, un tanto idealistas, ya que los trabajos que realizan los seres humanos no siempre adquieren una verdadera dimensión de autorrealización. Y esto se aplica por igual a hombres como a mujeres.

Lo que no puede negarse es que cada día aumenta el número de mujeres que ingresan al mercado de trabajo. En el año de 1970, de acuerdo con los datos del Censo General de Población de México, el 19.04% de la población económicamente activa era de sexo femenino; para 1980, esta proporción pasó a 27.9% (42). Aunque el incremento porcentual no parece ser muy grande, la diferencia en números absolutos es más elocuente: mientras que en 1970 había en nuestro país un total de 2,468,000 mujeres trabajadoras, para 1980 esta cantidad se incrementó a 8,141,000. En el área metropolitana de Monterrey este incremento fue menos espectacular. En el mismo período, la proporción de mujeres mayores de 15 años que forman parte de la población económicamente activa pasó del 21.8% al 28% (43). Aún cuando tendemos que esperar dos años más para conocer los datos preliminares del próximo Censo General de Población, todo parece indicar que la población activa femenina ha continuado su constante aumento, quizás incluso siguiendo un ritmo de crecimiento superior al que pudiera proyectarse, debido a diversos factores. Una de las razones que nos hacen creer lo anterior se relaciona con la severa crisis económica por la que atraviesa nuestro país y que ha caracterizado la vida económica nacional durante la década de los ochentas.

Este incremento rápido de la población activa femenina constituye uno de los factores que junto con el aumento de los niveles de escolaridad, el acelerado proceso de urbanización y el cambio de posición del status femenino, son comúnmente utilizados para dar una explicación del descenso en las tasas de natalidad.

En diversos estudios se ha verificado esta relación. Un ejemplo de

ello es la investigación de Urlanis y Davtyan, los cuales explican el descenso en los niveles de fecundidad en la Unión Soviética por el incremento en el número de mujeres que trabajan, y por la emancipación femenina (44). En otra investigación realizada en los Estados Unidos de América, Freedman, Welpton y Campbell (\*) pudieron observar que las mujeres que trabajaban fuera del hogar tenían un número real y esperado de hijos menor que las que no lo hacían. Además observaron que mientras más tiempo ha trabajado la mujer, el número real y el esperado de hijos también es más bajo (véase cuadro VIII).

CUADRO VIII

NUMERO REAL Y NUMERO ESPERADO DE HIJOS, DE MUJERES EN UNION, SEGUN LOS AÑOS DE TRABAJAR DESDE QUE SE CASO O UNIO

	Años de trabajo de la mujer desde que se casó o unió			
	no trabaja	menos de 1 año	de 1 a 4 años	5 años o más
Número real	2.5	1.9	1.9	1.6
Número esperado	3.5	3.2	3.0	2.1

(\*) Freedman, R., Welpton, P. y Campbell, A., *Family Planning, Sterility and Population Growth*, McGraw - Hill, Nueva York, 1959, p. 303 citado por Michel, A. (...) p. 286.

Resultados similares fueron obtenidos en un estudio realizado en Francia: la fecundidad real y esperada era menor entre las mujeres que trabajaban fuera de su hogar, las cuales tenían al mismo tiempo mayor éxito en la planificación de nacimientos (es decir, una mayor correspondencia entre el número deseado de hijos y el número de hijos real). En cambio, entre las mujeres que no laboraban fuera de sus casas, un mayor porcentaje había tenido una fecundidad ora superior, ora inferior, a la que realmente deseaba (45).



ello es la investigación de Urianis y Davtyan, los cuales explican el descenso en los niveles de fecundidad en la Unión Soviética por el incremento en el número de mujeres que trabajan y por la emancipación femenina. En otra investigación realizada en los Estados Unidos de América, Freedman, Weiphot y Campbell (\*) pudieron observar que las mujeres que trabajaban fuera del hogar tenían un número real y esperado de hijos menor que las que no lo hacían. Además observaron que mientras más tiempo ha trabajado la mujer, el número real y el esperado de hijos también es más bajo (véase cuadro VIII).

Resultados similares fueron obtenidos en un estudio realizado en Francia: la fecundidad real y esperada era menor entre las mujeres que trabajaban fuera de su hogar, las cuales tenían al mismo tiempo mayor éxito en la planificación de nacimientos (es decir, una mayor correspondencia entre el número deseado de hijos y el número de hijos real). En cambio, entre las mujeres que no trabajaban fuera de sus casas, un mayor porcentaje había tenido una fecundidad superior, era inferior, a la que realmente deseaba (45).

Sin embargo, según Wainerman y Recchini, hasta el momento actual no ha quedado todavía aclarada cual es la dirección de la causalidad, es decir que no ha sido dilucidado si las mujeres que trabajan tienden a reducir el número de hijos, o bien si lo que opera es un proceso de selección por el que las mujeres con menos hijos tienden a tener un mayor nivel de participación porque disponen de más tiempo, se enfrentan a menos restricciones sociales, compensan un déficit, etc. (46).

En respuesta a la objeción anterior, puede decirse que en la práctica la relación entre estas dos variables puede ser vista en las dos direcciones: por una parte, las mujeres que trabajan tienen pocos hijos porque tienen actividades extrafamiliares que se oponen a los cuidados y atenciones que necesitan sus hijos; por otra parte, las que desean trabajar tienen pocos hijos con el fin de disponer de mayor tiempo para tener un empleo (47). Esta opinión es compartida por Freedman y sus colaboradores. Estos autores dicen que entre los matrimonios que tienen una fecundidad inferior al promedio, parece ser que el número reducido de hijos le brinda mayores oportunidades a las mujeres para tomar un empleo. Por otro lado, entre los matrimonios fecundos, las ventajas de un empleo asalariado pueden motivar a las esposas que trabajan a mantener pequeña su familia (48).

Lo anterior fue demostrado por Sweet, quien partiendo de análisis de regresión múltiple, encontró en los Estados Unidos que las relaciones causales entre estas variables iban efectivamente en las dos direcciones: por un lado la decisión de las mujeres de buscar un empleo estaba influenciado por el número de hijos (las mujeres que tenían más hijos eran las que tenían menos oportunidades de comprometerse con un empleo), y por otra parte, entre las trabajadoras, se observaba un efecto restrictivo sobre la fecundidad (49).

Analizando los resultados de las principales investigaciones dentro de esta línea, Andorka concluye que el análisis clásico de Myrdal y Klein (50) sobre la situación de las mujeres y su relación con la fecundidad parece ser válida para todas las sociedades desarrolladas, ya que el rol



reproductivo de la mujer entra en conflicto con el empleo remunerado fuera del hogar. Además, es posible suponer que el efecto restrictivo del trabajo femenino sobre la fecundidad se produce también por la mediación de otras variables. Así por ejemplo, en términos generales podemos decir que las mujeres que trabajan se casan en promedio más tarde que las que no trabajan (51), lo cual tiende a repercutir sobre su fecundidad.

No obstante, el trabajo femenino es una variable mucho más compleja de lo que parece a primera vista. Existen razones para creer que el tipo de empleo que la mujer desempeña es más importante que el acto mismo de trabajar al exterior. Además, nos enfrentamos a la limitación relativa al hecho de que el trabajo no es una variable fácil de definir en su dimensión temporal. Hay mujeres que trabajan durante ciertos periodos de tiempo y dejan de hacerlos en otros, y tienen hijos a intervalos irregulares.

En lo que respecta al tipo de trabajo realizado por la mujer, es posible afirmar que se encuentra asociado con otras variables que modifican su efecto en relación con la limitación de nacimientos. Así, en las sociedades agrícolas tradicionales el trabajo de la mujer parece estar menos en conflicto con el tiempo y atenciones que necesitan los niños, que en las sociedades urbanas industriales. En estas últimas la familia se ha especializado aún más que en las primeras, y ha perdido muchas de sus funciones tradicionales. En estas sociedades urbanas modernas resulta mucho más difícil para las mujeres conciliar los requerimientos de su trabajo con los de su reproducción. Esta es quizá la razón que explica que en una investigación efectuada en el sur de Italia no se encontró ninguna correlación entre estas dos variables. La mayoría de las mujeres que formaban la muestra de este estudio eran empleadas en pequeñas granjas familiares y no tenían ninguna dificultad para mantener sus niveles tradicionales de fecundidad, ya que las condiciones de trabajo no eran hostiles a una fecundidad elevada (52).

Entre los países menos desarrollados se han encontrado resultados que aparentemente confirman lo anterior. En una investigación realizada en

Sin embargo, según Wainerman y Reochini, hasta el momento actual no ha quedado todavía aclarada cual es la dirección de la causalidad, es decir que no ha sido dilucidado si las mujeres que trabajan tienden a reducir el número de hijos, o bien si lo que opera es un proceso de selección por el que las mujeres con menos hijos tienden a tener un mayor nivel de participación porque disponen de más tiempo, se enfrentan a menos restricciones sociales, compensan un déficit, etc. (48).

En respuesta a la objeción anterior, puede decirse que en la práctica la relación entre estas dos variables puede ser vista en las dos direcciones: por una parte, las mujeres que trabajan tienen pocos hijos porque tienen actividades extratamiliares que se oponen a los cuidados y atenciones que necesitan sus hijos; por otra parte, las que desean trabajar tienen pocos hijos con el fin de disponer de mayor tiempo para tener un empleo (47). Esta opinión es compartida por Freedman y sus colaboradores. Estos autores dicen que entre los matrimonios que tienen una fecundidad inferior al promedio, parece ser que el número reducido de hijos le brinda mayores oportunidades a las mujeres para tomar un empleo. Por otro lado, entre los matrimonios fécondos, las ventajas de un empleo asociado pueden motivar a las esposas que trabajan a mantener pequeñas su familia (48).

Lo anterior fue demostrado por Sweet, quien partiendo de análisis de regresión múltiple, encontró en los Estados Unidos que las relaciones causales entre estas variables iban efectivamente en las dos direcciones: por un lado la decisión de las mujeres de buscar un empleo estaba influenciado por el número de hijos (las mujeres que tenían más hijos eran las que tenían menos oportunidades de comprometerse con un empleo), y por otra parte, entre las trabajadoras, se observaba un efecto restrictivo sobre la fecundidad (49).

Analizando los resultados de las principales investigaciones dentro de esta línea, Andorka concluye que el análisis clásico de Myrdal y Klein (50) sobre la situación de las mujeres y su relación con la fecundidad parece ser válida para todas las sociedades desarrolladas, ya que el rol



reproductivo de la mujer entra en conflicto con el empleo remunerado fuera del hogar. Además, es posible suponer que el efecto restrictivo del trabajo femenino sobre la fecundidad se produce también por la mediación de otras variables. Así por ejemplo, en términos generales podemos decir que las mujeres que trabajan se casan en promedio más tarde que las que no trabajan (21), lo cual tiende a repercutir sobre su fecundidad.

No obstante, el trabajo femenino es una variable mucho más compleja de lo que parece a primera vista. Existen razones para creer que el tipo de empleo que la mujer desempeña es más importante que el acto mismo de trabajar al exterior. Además, nos enfrentamos a la limitación relativa al hecho de que el trabajo no es una variable fácil de definir en su dimensión temporal. Hay mujeres que trabajan durante ciertos períodos de tiempo y dejan de hacerlo en otros, y tienen hijos a intervalos irregulares.

En lo que respecta al tipo de trabajo realizado por la mujer, es posible afirmar que se encuentran asociados con otras variables que modifican su efecto en relación con la limitación de nacimientos. Así, en las sociedades agrícolas tradicionales el trabajo de la mujer parece estar en conflicto con el tiempo y atenciones que necesitan los niños, que en las sociedades urbanas industriales. En estas últimas la familia se ha especializado aún más que en las primeras, y ha perdido muchas de sus funciones tradicionales. En estas sociedades urbanas modernas resulta mucho más difícil para las mujeres conciliar los requerimientos de su trabajo con los de su reproducción. Esta es quizá la razón que explica que en una investigación efectuada en el sur de Italia no se encontró ninguna correlación entre estas dos variables. La mayoría de las mujeres que formaban la muestra de este estudio eran empleadas en pequeñas granjas familiares y no tenían ninguna dificultad para mantener sus niveles tradicionales de fecundidad, ya que las condiciones de trabajo no eran hostiles a una fecundidad elevada (22).

Entre los países menos desarrollados se han encontrado resultados que aparentemente confirman lo anterior. En una investigación realizada en

Perú en 1940 a partir de datos censales, se encontró una fuerte correlación negativa entre el empleo de la mujer y la fecundidad. Stycos, el autor de este estudio afirma que el empleo de anticonceptivos permite a las mujeres casadas tomar un empleo remunerado, y además, considera que la necesidad de trabajar para completar el gasto familiar favorece el control de los nacimientos (53). Sin embargo Stycos tiene sus dudas acerca de la generalización de dichos resultados. En otro estudio que llevó a cabo en Lima en 1959 a partir de los registros de nacimientos, encontró que las empleadas de oficina tenían en efecto menos hijos que las demás mujeres, pero que no existía una diferencia significativa en los niveles de fecundidad cuando se comparaba a las mujeres que trabajaban en los servicios con las que no tenían empleo (54).

En nuestro país, la Encuesta de Fecundidad de la Ciudad de México de 1964, mostró que las mujeres que trabajaban fuera de su casa tenían en promedio 3.77 hijos, mientras que las que no trabajaban tenían 4.8 hijos en promedio. No obstante, es importante señalar que estos datos cambian cuando se considera únicamente a las mujeres casadas o en unión marital estable: entre estas mujeres se observó que la fecundidad era mayor entre las que trabajaban, que entre las que permanecían en su hogar (55). Ahora bien, al igual que en el caso del estudio de Lima, la explicación a esto parece encontrarse en el hecho de que la mayoría de las mujeres que trabajan lo hacen en el sector de los servicios y podemos suponer que entre estas trabajadoras, muchas lo hacen por necesidad económica, y que con frecuencia empiezan a laborar después de haber tenido una elevada fecundidad. Por otra parte, análisis efectuados con datos de la Encuesta Rural de México de 1970, dan cuenta de un diferencial de 1.3 hijos nacidos vivos en promedio entre mujeres que no trabajan (4.1 hijos) y las que sí trabajan (2.8 hijos) (56).

De acuerdo a los datos de la Investigación de la Familia en México realizada en el año de 1966-67, si se observa el número de hijos que aún viven, resulta claro que las mujeres más fecundas son las que trabajan, y particularmente las que tienen una actividad remunerada sin salir de su hogar (maquiladoras, comerciantes en pequeño, lavanderas, etc.) (57).